

Fuentes a la distancia

Hernán Lara Zavala

Desde que leí *Cantar de ciegos*, libro de cuentos de Carlos Fuentes, percibí de inmediato el atractivo influjo que, además de deleitarnos con sus historias, contagiaba algo que pocas veces le sucede a un aspirante: el anhelo de escribir. Mi cuento favorito de esa colección, “Un alma pura”, logró conmoverme e identificarme con los personajes contruidos de manera muy consciente a partir del artilugio de la palabra y del tono íntimo y melancólico que a veces produce un relato narrado en segunda persona. A partir de ahí empecé a frecuentar la obra de Fuentes. Leí *La región más transparente*, que me fascinó, desconcertó y deslumbró por su carácter experimental, un poco caótico, por su audaz tratamiento y su ritmo vertiginoso. Siguió *Aura*, con su halo de magia y misterio sobre el tema del doble y el juego de espejos dentro del ambiente gótico y sepulcral de la calle de Donceles en el centro de la Ciudad de México. Y luego *Los días enmascarados*, su primer libro, que incluía un cuento ya legendario y emblemático: “Chac Mool”. En la Facultad tuve la oportunidad de leer y estudiar en alguna clase y con todo cuidado *La muerte de Artemio Cruz* y admirar la estructura de esa novela que muestra pasado, presente y futuro de la Revolución mexicana a través del desarrollo del personaje que se inicia como un héroe bienintencionado y culmina corrupto y aniquilado con la correspondiente desilusión del proyecto revolucionario. Leí *Cambio de piel*, novela carnavalesca y pirotécnica dedicada a Julio Cortázar, y *Agua quemada*, libro de cuentos vía novela, y luego la densa *Terra nostra*, su *magnum opus*, y así consecutivamente a lo largo de los años, no siempre logrando mantenerle el debido paso a su veloz, amplia, prolífica, variada y ambiciosa obra en su intento de desentrañar las complejidades del ser mexicano y su conflictivo pasado.

La primera vez en mi vida que vi a Fuentes en persona fue una mañana que yo andaba curioseando en la Librería Británica de la Avenida de la Paz, allá por los

años 60. Él apareció de suéter y lentes oscuros con paso firme y decidido. Tendría un poco más de cuarenta años pero ya era “Carlos Fuentes”. Empezó a revisar los estantes y en cuanto dio con lo que buscaba, *Dublineses* de James Joyce, si mal no recuerdo, se dirigió directamente a la caja donde le pagó a Gaby, la entonces encargada de la librería, y salió tan campante como entró.

La figura de Fuentes siempre estaba en el panderero de la cultura nacional. Acaso sus primeros amigos intelectuales en México fueron sus compañeros de la Facultad de Derecho algunos de los cuales habían estudiado con él también en el CUM como Mario Moya Palencia, Porfirio Muñoz Ledo y Víctor Flores Olea y algunos otros como Enrique González Pedrero, Bernardo Sepúlveda Amor, Javier Wimer se sumaron al grupo de la generación que se nombró de “Medio Siglo”. También tuvo algunos amigos mayores como Martín Luis Guzmán, Manolo Barbachano Ponce, Luis Buñuel, Fernando Benítez, Juan José Arreola —maestro y editor de su primer libro en la editorial Los Presentes— Juan Rulfo y, por supuesto, Octavio Paz, quien al inicio de su carrera fungiera como preceptor que le infundió ánimo para que encontrara su destino y vocación. Se mantuvieron muy unidos hasta que se dio una previsible ruptura pues maestro y alumno habían entrado en franca competencia. Fue Paz quien sugirió que Fuentes fuera el primer director de la *Revista Mexicana de Literatura*, en mancuerna con Emmanuel Carballo. Creativo y crítico en saludable comunión dirigirían la cultura de México. Pero contrario a Reyes, Paz y Monsiváis, a Fuentes no le interesaba convertirse en cacique cultural, y tan pronto pudo renunció a la dirección de la *Revista Mexicana de Literatura* para continuar su camino de escritor por la libre. Entre sus contemporáneos en México Fuentes frecuentaba a José Luis Cuevas, Salvador Elizondo, La China Mendoza, Juan Ibáñez, Tomás Segovia, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis. Más tarde vino su amis-

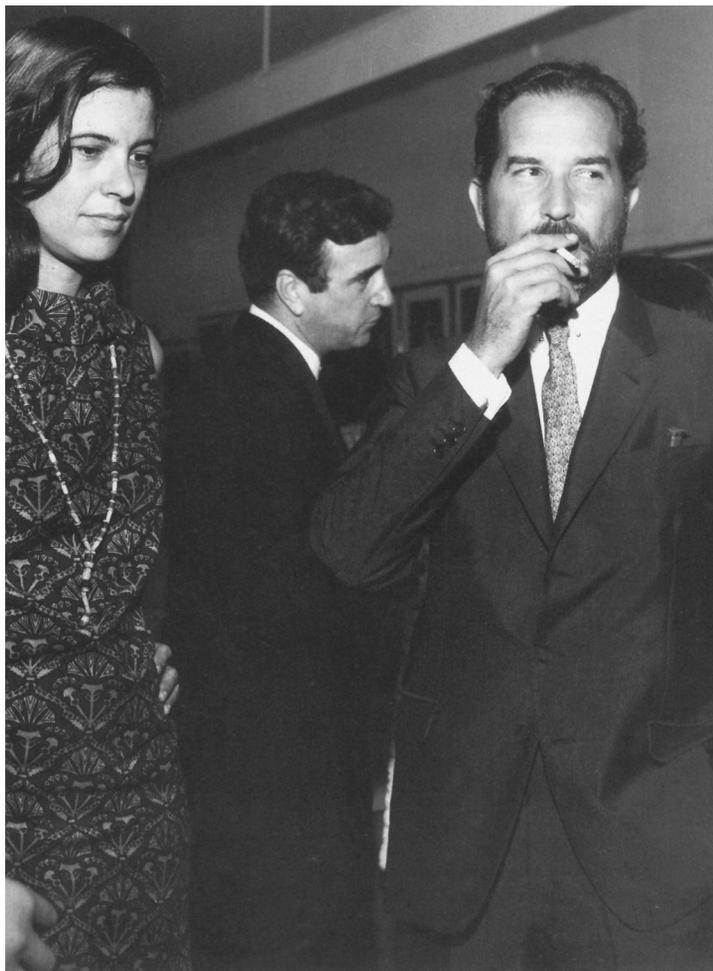
tad con Gabriel García Márquez recién llegado a este país y con Álvaro Mutis. Con García Ponce nunca tuvo buena relación y sus cuentos “Un alma pura” y “Tajimara” contendieron en el Festival de Cine Experimental en 1964, uno dirigido por Juan Ibáñez y el otro por Juan José Gurrola. Luego vino su gran encuentro con Julio Cortázar: “¿Está tu papá?”. “Soy yo, Carlos, pasa”, con Mario Vargas Llosa, José Donoso y Juan Goytisolo que crearon el *boom*. Y más tarde frecuentaba Sergio Ramírez, Tomás Eloy Martínez y Nérida Piñón cuando se empezó a consolidar el *post-boom*. Simultáneamente hizo amistades de carácter internacional como fue el caso de Milan Kundera, Jerzy Kosinsky, Arthur Miller, William Styron, Susan Sontag, Harold Pinter, entre tantos y tantos otros personajes de primera línea que disfrutaron su personalidad y amplia cultura. Tengo la impresión, sin embargo, de que en última instancia Carlos Fuentes fue siempre un ser fundamentalmente solitario aunque tal vez por eso mismo le gustaba hacerse de amigos y conocidos. Consideraba la amistad como uno de los valores más importantes de los que puede disfrutar el ser humano. (“lo que no tenemos lo encontramos en el amigo”). En ese sentido acaso sus grandes amigos de toda la vida hayan sido Julio Cortázar y Gabriel García Márquez.

Cuando rompió con Paz se abrió una brecha en la cultura mexicana cuyos dos polos eran los colaboradores de *Vuelta* y los de *Nexos*. Ahí Fuentes traba amistad con Héctor Aguilar Camín, Jorge G. Castañeda, Federico Reyes Heróles y José María Pérez Gay.

En esos remotos tiempos jamás imaginé, ni por asomo, que algún día yo llegaría a conocerlo personalmente, que tendría la oportunidad y el privilegio de charlar con él, de intercambiar impresiones, comentar libros, películas, obras de teatro y autores, y hasta de reunirnos en su casa, en casa de amigos comunes y en la mía propia. Que disfrutaría de su amistad y generosidad como lector y como crítico de mi propia obra. Carlos Fuentes: el novelista mexicano más renombrado, el más profesional, el más grande, el que se sentó siendo bebé en las rodillas de Alfonso Reyes y recorrió medio mundo antes de llegar a la mayoría de edad, quien hablaba a la perfección cuatro o cinco lenguas, que sabía de historia, arte y política y tenía un ligero parecido a Jorge Negrete, quien se sentía atraído por mujeres bellas —en particular por actrices talentosas— y que logró encontrar a su “media naranja”, Silvia Lemus, hermosa como cualquier actriz y que lo acompañó, en las buenas y en las malas, apoyando su obra toda la vida. Ese Carlos Fuentes que a los treinta años se convirtió en icono, en fenómeno literario sin precedente en nuestro medio, en el monstruo de las letras mexicanas que se entregó en cuerpo y alma para estructurar, con talento y trabajo infatigables, una gran y singular obra, precursor del *boom* y figura señera y emblemática de ese movimien-



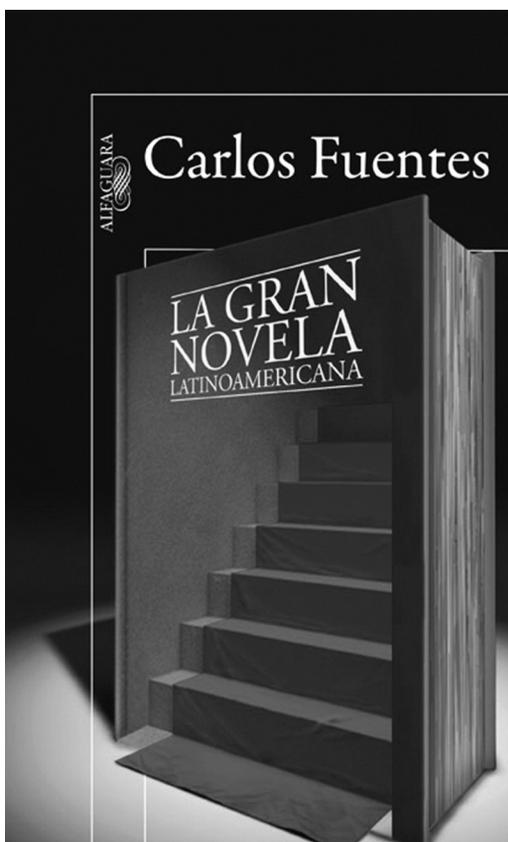
Con Miguel Ángel Asturias, Uruguay, 1962



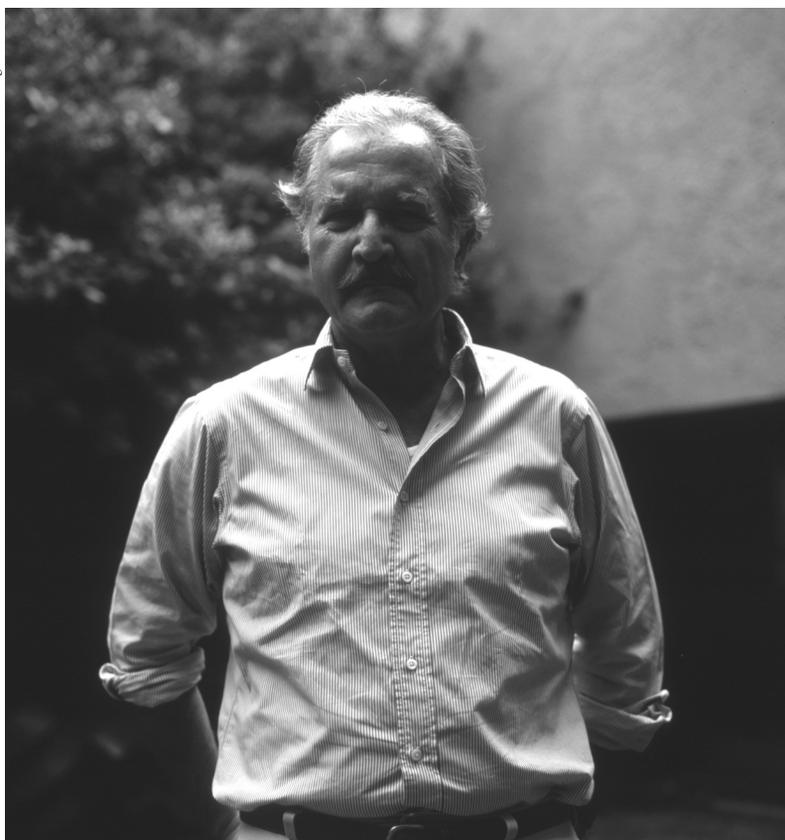
Con Susan Sontag y Jean-Claude Carrière, Venecia, 1967

© Archivo personal de Carlos Fuentes

© Archivo personal de Carlos Fuentes



© Rogelio Cuelilar



to que pudo revolucionar el panorama literario y resucitar al género de la novela cuando los europeos ya le habían aplicado los santos óleos, fue también, y por lo mismo, uno de los eternos candidatos al Premio Nobel de Literatura.

La primera vez que tuve la oportunidad de hablar personalmente con él fue en un congreso en la Universidad de Brown, organizado por otro de sus grandes amigos, el crítico y escritor peruano Julio Ortega, a raíz de la futura publicación de *Diana o la cazadora solitaria*. Año tras año Fuentes dictaba una conferencia magistral e inaugural dentro del marco de los diversos seminarios que Julio organiza con mucho tino e imaginación en la ciudad de Providence y a la cual, en esa ocasión, fui invitado, entre otros escritores. La razón por la que a Carlos le interesaba hablar conmigo era que yo había leído subrepticamente, pero sin mala fe, su novela cuando todavía estaba en capillas pues Carlos Aguirre, el diseñador de la editorial, estaba preparando la portada para Alfaguara, a la sazón dirigida por Sealtiel Alatríste. Carlos estaba en casa de mis padres en Cuernavaca un fin de semana y yo, lleno de curiosidad porque trataba de la relación de Fuentes con la actriz Jean Seaberg, le pedí que me permitiera echarle un vistazo, a lo cual él accedió sin problema. Como editor, Sealtiel había logrado inyectarle una insólita vitalidad y prestigio a la editorial Alfaguara y la había dotado de un auge sin precedentes pues en unos cuantos años pudo congrega a los más importantes escritores latinoamericanos dentro de su sello y, de manera muy particular, a Car-

los Fuentes. En ese momento Alfaguara México llegó a ser más importante que Alfaguara España.

Fuentes mostraba cierta desconfianza de que algún desconocido, como yo, hubiera leído su novela antes de su publicación formal y por ello le pidió a Sealtiel que sostuviéramos un breve encuentro. Sealtiel salió en mi defensa: “Te aseguro que Hernán no va a hacer mal uso de su lectura”, aclaró. Nos encontramos a solas en un saloncito aledaño adonde se llevaba a cabo el brindis después de la conferencia inaugural, y sin mayor protocolo, solos, sentados uno frente al otro, Fuentes me preguntó mi impresión sobre la novela. Su presencia me imponía, no sólo por su fama. Era un hombre de carácter y mirada penetrante, nada complaciente y mucho menos obsequioso. Le confesé que me parecía muy diferente al resto de su obra y que me gustaba el franco tono autobiográfico que había utilizado. No se inmutó. Con la mirada fija me pidió que abundara: “Es una crónica autobiográfica en la que usted intenta recuperar una historia amorosa que aconteció en 1970 y que ahora ha decidido escribir, más de veinte años después, para revivirla y darle su dimensión literaria, para evocar el momento aquel en que usted y su personaje intentaron ser felices. Al margen de si lo logran o no, me parece que se acerca a algo de lo que buscan en este momento los lectores: credibilidad por encima de la imaginación, un caso real poblado de personajes famosos pero de carne y hueso como protagonistas, una novela testimonial donde usted se juega su propia fama, como hombre y como intelectual, en su búsqueda del amor, aunque en

ese momento usted no se hubiera dado cuenta de lo que implicaba su relación con Jean, o mejor dicho con Diana, pero que la vida se encargaría de darle un final trágico. Es hasta ahora su novela más franca, la más valiente y la más crítica de usted mismo. Entra en género de las novelas confesionales como las de Jean-Jacques Rousseau, Michel Leiris o Bertrand Russell. Me pareció que no logré, ya no digamos convencerlo sino ni siquiera emocionarlo con mis comentarios. Al oír mi respuesta y sin decir palabra se puso de pie, me dio la mano y se despidió. Sigo pensando, no obstante, que *Diana o la cazadora solitaria* es una de sus obras más auténticas e interesantes en donde Fuentes se permitió la libertad de hacer varias confesiones íntimas en diversos órdenes pero sobre todo en torno a su visión del mundo: “La literatura es mi verdadera amante y todo lo demás, sexo, política, religión si la tuviera, muerte cuando la tenga, pasa por la experiencia literaria, que es el filtro de todas las demás experiencias de mi vida”.

Pero a partir de ahí las relaciones con Fuentes empezaron a estrecharse. Sealtiel Alatríste se encargó de acercar a un grupo de amigos escritores a él. Nuestros encuentros eran esporádicos. La primera vez nos reunimos en el restaurante Prego en Polanco. Fuentes se tomó un martini de aperitivo y luego un poco de vino blanco. A las cinco de la tarde ya se había marchado.

Cuando vino Harold Pinter a México, Fuentes se ofreció a traducir dos de sus obras breves *Moonlight* y *Party Time*. A través de Gonzalo Celorio, a la sazón Coordinador de Difusión Cultural, se acordó que la obra la

montara Ludwik Margules en el teatro Juan Ruiz de Alarcón con la traducción de Fuentes y que, al mismo tiempo, se editara la obra en la Dirección de Literatura, entonces a mi cargo.

A partir de ese momento empezó a fluir la relación con Fuentes. Cuando venía a México para las navidades hacíamos una reunión en honor a él y a Silvia y nos fuimos familiarizando. Él se había propuesto leer a los escritores mexicanos más jóvenes, sin menoscabo de grupos, géneros y tendencias y así se nota en su obra más reciente *La gran novela latinoamericana*. Además de sus amigos de toda la vida, Fuentes leyó y apoyó a infinidad de escritores mostrando una enorme generosidad intelectual y una acuciosa mirada aunque siempre con una distancia crítica pues era tolerante pero nunca complaciente.

Fuentes nunca obtuvo el Nobel aunque en el corazón de los lectores se le identifica como si lo hubiera recibido. Eso le permite ingresar a las filas de Proust, Kafka, Joyce, Musil, Durrell, Henry Miller, Borges, Nabokov, Cortázar, Updike, Graham Greene y tantos más que no recibieron el famoso galardón pero que son más apreciados y leídos que muchos que lo ganaron.

Con la muerte de Carlos Fuentes culmina la gran etapa de la literatura mexicana del siglo XX e inicios del XXI. Él fungió como heredero, adalid y testigo literario de nuestro diario acontecer y escribió la saga de toda una época que estuvo signada por la Revolución mexicana y sus consecuencias luchando por un mejor país. Su obra perdurará por encima de la historia gracias al poder de la literatura que constituyó la justificación de su vida.



© Rogelio Cuadras

Con Gabriel García Márquez